

—Ya tengo caballeros que te acompañen.

—¿Qué caballeros son esos?

—Los abencerrajes.

—Sea en buen hora.

—Mañana estarán aquí.

—¿Dónde?

—Al pié de las cuestras vecinas para conducirte del otro lado del Darro y ponerte con facilidad en cobro.

—¿A qué hora?

—Por la noche, como es natural, y en punto de las doce.

—No lo dudo. Pero ¿y salir?

—Saldrás.

—Vuelvo á la mía. ¿Cómo salir por esa ventana?

—Saliendo.

—Mas, para ir, no á Guadix, á la eternidad.

—¿Tan poco te fías de tu madre?

—Pero mi madre, por mucho que me quiera, no puede impedir cosa tan natural como que mi cuerpo se rompa y estrelle al tocar en el suelo desde tan alto ajimez.

—Tu madre lo impedirá.

—¿Con qué industria?

—Con una muy fácil.

—Díla, pues.

—Tu padre nos ha dado por cárcel esta torre de Comares.

—¿Y qué?

—Pues en esta torre de Comares se hallan tus

vestimentas, las mías, las principales indispensables á las mujeres que llenan el serrallo.

—No entiendo ni una palabra de todo cuanto quieres indicar y decir.

—¿Qué has de entender si no paras mientes en ninguna cosa?

—¿Para qué servirán las vestimentas de mujeres? Vas á romper el cetro de Hacem y arrancarle á las sienes su diadema con algún ejército femenil?

—No, cuitado, no, —respondióle Aixá reconviniendo por su imprevisión dulcemente á Boabdil.

—Pues explícate, madre mía.

—Voy con sedas resistentes á urdir una especie de maroma, y atándote á ella, voy á descolgarte por la torre, como se descuelga un pozal por los brocales de un pozo. Y fío en Dios y en su Profeta que llegarás abajo, donde te aguardarán trotones, armas, compañeros, todo lo necesario por tu madre reunido, y ganarás región á nuestro bien propicia, y declararás desde allí á tu padre la guerra en persona, y volverás en alas de la fortuna para conseguir espléndida victoria, y sentándote gozoso en el trono, reinar en Granada y vencer á la cristiandad.

—Cúmplase tu voluntad y la voluntad omnipotente de Dios.

—Estos pueblos, en cuanto vean que has por tan milagrosa manera escapado en bien de tu cautiverio, te adorarán como favorecido y predilecto de la fortuna.

—No lo creas, madre.

— Créelo, hijo mío.

— He nacido bajo tan mala estrella, que mis vasallos me apodan ya el Zogoibí, como si dijéramos, el desdichado.

— Nada me apena tanto, hijo mío, como ver esa creencia tuya en que irremediable infortunio te sigue los pasos, y esa conformidad con tu suerte.

— ¿Cómo podría yo evitar un decreto del destino?

— Repito, Boabdil, que nada sabemos de los decretos del hado, y que necesitamos ir á su encuentro con la creencia firme de que nos han de ser á la postre favorables.

— ¡Favorables! — exclamó Boabdil suspirando.

— Sí, favorables, — añadió Aixá, poniendo robustas acentuaciones en su afirmación soberana.

— Todo indica lo contrario.

— No digas eso.

— Pues lo digo porque lo creo.

— Desecha tal creencia que puede perderte, y ten confianza en tu estrella.

— Madre, no creas que voy á encerrarme aquí dentro renunciando á la guerra y al combate.

— Pues entonces...

— Compréndelo bien.

— ¿Qué?

— Comprende que pelearé sin descanso en cumplimiento de mi deber sin remisión; pero no porque me sienta con fortuna, sino porque me siento con honor. Quien ha nacido allí donde yo he nacido

tiene imprescindible necesidad de pelear y de morir por su religión, por su reino y por su raza.

— La esperanza procede inmediatamente de la fe, y entra como parte principalísima en la victoria.

— Pues yo, madre mía, siento fe viva en mi religión; pero no siento esperanza ninguna en su victoria dentro de Granada, de esta Granada que circundan todos los dolores y que se anega en todas las desgracias.

— Alah indudablemente se apercibe á desmentir tus agorerías y á prepararte un trono en el mundo y un trono en el Edén. Mañana tendrás el espacio á tu disposición y ciudades fieles por guarida.

— Inútil, todo inútil contra la suerte que me aguarda y contra el destino que me agobia.

— No seas así, Boabdil, hijo mío. Si no creyera que hay en ti soberbia y no timidez; te abandonara para siempre á tus terribles vacilaciones y te pusiera en las manos regias, no la espada brillante de los héroes, el huso y rueca de las hembras. Lo he observado mil veces; á pesar de tu varonil presencia, de tu probado valor, cuando alguien, siquier te sea inferior, te mira ú observa, tinte ruboroso y virginal sube de tu corazón á las mejillas, cual si fueras trémula doncella y no apuesto galán. Sacude, sacude tal temor y muéstrate al nivel de tu destino y de tu raza. Levanta y arquea esas cejas que ahora frunces. Anima y mueve esos labios que ahora se caen al peso de la tristeza.

— Madre — dijo Boabdil, — recuerda cómo nos

hemos perdido y cómo se há por completo aniquilado nuestra gente, hasta replegarse aquí á Granada, especie de ataúd cubierto con las flores de la vida, para que nos parezcan más tristes los gusanos y podredumbre de la muerte.

—Boabdil, no te des á esos tristes pensamientos.

—Madre, madre mía, tu valor propio te oculta la debilidad ajena. Los musulimes caen rendidos y maltrechos, no á los botes de las cristianas lanzas, á la descomposición de sus propias profundas divisiones. Reinaba el Izquierdo y le destrona el Zaguer. Reina el Zaguer y lo destrona y á muerte lo condena el Izquierdo. Tres veces rodó éste del trono y tres veces rodó su competidor. Cuando ya el Izquierdo habia logrado un poco de calma, sus sobrinos Ismael y Osmín le combaten. Llega Osmín al trono y persigue y degüella la tribu más ilustre de Granada, los fuertes abencerrajes. Un poco de respiro nos da mi abuelo Ismail; ignoro si por la dulzura de su complexión ó por la flaqueza del enemigo que tenía enfrente, ó por la flaqueza del cuarto Enrique de Castilla. Lo cierto es que hoy Granada se fracciona en bandos enemigos y se desgarran en guerras civiles continuas. Guadix, á diez y seis leguas de Granada, te obedece á ti solamente y á tus partidarios los abencerrajes. Loja, cuyos minaretes podemos columbrar desde aquí, está por completo al arbitrio de mi viejo suegro Aliatar, que la defiende contra los reyes cristianos con heroísmo sin igual, pero que no la somete á los reyes granadi-

nos con la debida obediencia. En Almería están por mí; en Málaga por el Zagal. Mi padre solo se halla en paz con su favorita cristiana. Por una Zahara que se logra, y por un castillo de Martos que se depreda, ofrécense á su vista, perdidas para el Islam, Gibraltar, donde Tarik desembarcó, y Archidona y Alhama, gloriosísimas fortalezas de nuestro imperio, nidos antiguos de nuestra heroica gente.

—Para eso vienen las grandes almas á la tierra, para eso, para conjurar males tan acerbos y devolver á reinos tan flacos su vigor y su pujanza. Ahora mismo voy á poner por obra todos los medios que tengo de lograr tu evasión é impelerte á la montaña, para que desde allí bajes con los tuyos como un torrente y anegues la corona de tu padre.

La confianza de Aixá no se pegaba, no, á su hijo, quien movió tristemente la cabeza, más que por asentir, por no disputar, y entregó de nuevo su imaginación á fantasías y ensueños bien ajenos y bien distantes de guerra y de política. Pero Aixá, en quien parecían como resucitadas todas las virtudes antiguas de su gente y de su raza, como combatía con grandísimo empeño, no reposaba, no, con facilidad. Por consiguiente, llevando entre ceja y ceja con firme resolución el proyecto de libertar á su hijo y de perder á su esposo, reunió tocas, almazales, trajes de todo género, para con sus fortísimas sedas y con sus bien urdidos brocados componer una escala que bajase desde los topes de

aquella erguida y ceñuda torre, á las orillas del Darro, por donde pudiera ponerse Boabdil en cobro y requerir la fidelísima Guadix, ganando en ella el ejército necesario para la empresa de romper el paterno trono y erigir el propio. Para determinar las acciones humanas ¡oh! imposible motor ninguno que se asemeje á la pasión. El amor de Aixá, intenso como el de todas las madres á sus hijos, acrecentaba con el amor, todavía más intenso, á su imperio. Para ella, vivir equivalía en el fondo á reinar, y reinar á vivir. En la frente de su cachorro vió, desde que lo pariera, la corona de Granada en espiritual visión, que quería puntualizar en la realidad á toda costa. Presa de tamaña impaciencia, no se paraba en los medios, tanto más cuanto que los ofrecía bien abundantes á cada paso la ceguera de Hacem, y sobre todo el amor sensual y de muerte á la cristiana favorita. Bien puede asegurarse que no durmió ni comió Aixá, cual si la ley natural no rigiese con ella desde que comenzó hasta que concluyó su escala.

Las doce de la noche serían cuando por una señal convenida se industrió Aixá en la llegada por las márgenes del Darro de aquellos abencerrajes dispuestos á esperar y recoger el fugitivo para defenderle con su brazo en la fuga preparada con grande anticipación á Guadix. Aixá velaba como siempre y atendía como siempre á preparar y percibir la realidad, amoldándola por completo á sus ambiciones; mientras Boabdil dormía tranquilo,

aunque voluptuosos ensueños rozaban á una con sus alas de mil colores y con sus alientos de mil aromas aquellos instantes de su habitual y casi continua inercia. En cosas muy placenteras debía pensar soñando, si atendemos á la contrariedad que sintió al verse interrumpido por un brusco sacudimiento que á su cuerpo, para despertarlo, imprimiera la nerviosa mano de su violenta madre. Frotóse los ojos, como si no bastaran los impulsos propios de sus nervios á levantar los caídos párpados y necesitase abrirlos con mayores fuerzas; esperezóse también como si todavía no hubiese bastante dormido, á pesar de sus largos sueños; y preguntó qué le querían, cual si no estuviese industriado muy de antiguo en todo cuanto se preparaba.

—Vamos,—exclamó Aixá con su natural resolución é imperio,—no te hagas el remolón, y corre adonde te lleva tu buena suerte y el cuidado providísimo de tu madre.

—Ya sabes, Aixá, que me tengo por un arma en tus manos y que me valoro en dócil instrumento de tus planes.

—Pues mira, la escala pende ya de la ventana; y cayendo frente á frente del Darro, te franquea la fuga y te ofrece, con solo llegar á su grada última, la preciada corona de este reino.

—Sea en buen hora.

—Vamos. Pronto, pronto.

—Mucho he sentido que la bárbara crueldad y la

implacable venganza de mi padre háyanme apartado en este cautiverio de mi querida Moraima, castigándome y affigiéndome con esta pena moral, más, mucho más que con todas las penas materiales. Mas huélgome ahora de no verla junto á mí; pues ¡ay! si la cuitada entendiera todos los males que me cercan y todos los peligros que me aguardan, acaso no podría su tierna y delicada naturaleza resistir á tanto dolor. Por Dios, que no sepa cómo desde aquí, desde tales alturas que solo el águila caudal atraviesa, voy á precipitarme con vertiginosa rapidez á los abismos del profundo Darro y á las incidencias de rápida procelosa fuga. En las sombras de la noche tenebrosa y espesísima, voy á fiar todo el peso de mi cuerpo á improvisada escala, por la que difícilmente bajaría un ratón ó un gato, y cuando mi destreza en los ejercicios y mis industrias en las artes de la guerra simuladamente aprendidas por tu mandato en alardes y simulacros me valgan y me saquen á puerto, aún me quedará que conjurar la vigilancia de los centinelas puestos por mi padre y rey en torno de nuestra mazmorra y la fidelidad servil de las regiones extendidas hasta mi asilo y refugio de Guadix. ¡Pobre Moraima! Partido el corazón por mi ausencia forzosa, llorará noche y día en su jáula, como ave-cilla sin libertad y nido, al amado esposo; pero creará, si cautivo, seguro, y no expuesto á las mil asechanzas que ahora en este instante me cercan. Por Dios no las sepa jamás, pues acostumbrada

la infeliz á vivir de mi vida, se moriría sin remedio aún después de salvo, con solo saber los riesgos en que pudiera yo, su amante, su ídolo, su marido idolatrado, perderme y acabarme.

—Deja todas esas retahilas de reflexiones amargas é inútiles; y vuela con decisión á la puerta que se abre hacia tu felicidad. Ya sabes quién soy yo y cómo las gasto. Está preparado todo en términos que no pueda ningún riesgo sobreponerse á mi voluntad resuelta de conjurarlo. Tu padre, ya cruel por propia complexión, háse recrudecido en crueldad estos últimos días y ha llovido sangre de los nuestros sobre los suelos de este palacio inmenso que podría hacerse tres veces mayor con solo apilar los huesos de los que han sido inmolados en su recinto. Y cuando yo, que me miro en tus ojos, no he recelado un punto en abrirte paso á esta increíble pero próspera y fácil aventura, no debes tú recelar, como, si en vez de Boabdil, fueras Moraima. Para eso te han en el trono engendrado; para eso te ha parido en el dolor tu madre; para que combatas y perezcas, si es preciso, por tu corona y por los tuyos. Déjate de rancias elegías, y descende pronto adonde te llama tu estrella.

—Obedezco—dijo Boabdil.

En efecto, muy oscura la noche, y propicia por tanto á la fuga. El viento, que mandaban las altas Alpujarras, viento tempestuosísimo y cargado con vapores de lluvia, lo azotaba todo, y hacía oscilar la inmensa escala por la cual iba descendiendo

Boabdil á los abismos. Confundidos con las vibraciones de los huracanados vientos, oíanse los agudos gritos de los cuclillos y de los sapos; mientras el joven príncipe se suspendía sobre la eternidad casi, agarrándose á punto de apoyo como aquella escala de trapos; las aves nocturnas, por el extraño suceso y movimiento sorprendidas, le rozaban calladamente con sus sedosas alas el cuerpo, y al rozarle, despedían de sus gargantas aullidos y de sus ojos fósforos, como si á esqueletos volando ó á espíritus en pena ó á brujas y hechiceras en correría quisiesen asemejarse. Mas tan extraña compleción Boabdil tenía. Mientras se trataba de tomar las resoluciones, discutía con cavilosasidades, y se achicaba con poquedad, hasta el punto de anularse á sí mismo, y de hablar y de proceder como una débil hembra. Pero, en cuanto el propósito se resolvía en acción, y el daño y el peligro le acechaban, tenía varonil coraje y se despertaba en sus venas la hirviente sangre de sus heroicos progenitores. Así, el peligroso descenso acaso amilanara en aquella terrible noche á cualquier otro, pagado de suyo y tenido por todos como animosísimo y valeroso. Mil veces las fuerzas le faltaron por lo inmensamente largo de la escala y por lo estrecho y nimio del punto de apoyo; mil veces le hicieron estremecerse de terror sobre los abismos las ráfagas del viento; mil veces los terribles gritos de aquellos centinelas y los choques de su cuerpo con las aves nocturnas, heláronle de terror y espanto.

Cualquier otro, quizás hubiera caído y precipitádose al Darro; él sacó fuerzas de su propia flaqueza, y como todos los temperamentos nerviosos, acertó á superar, con la energía de su ánimo, la debilidad propia de su sér material. Y llegó abajo; y cogió su trotón; y saludó á sus amigos y compañeros con júbilo; y tomó el camino de Guadix con celeridad. Entre tanto, Aixá, tan animosa de suyo como hemos visto, así que columbró la señal convenida para decirle que su hijo estaba en salvo, cayó en el suelo como asaltada por un ataque de horrorosa epilepsia el cual puso en grave peligro su existencia.